

CAPITULO XLII.

De lo que determinaron hacer el rey Axayaca y el rey de Tlatilolco, Moquihui, en destruirse el uno al otro, todo por una niñería y razones de ellos, y el comienzo de la guerra con ellos.

Habiendo entendido los mexicanos y su rey Axayaca las liviandades de las mugeres tlatelulcas, dijo Axayaca: haced á dos ó tres mancebos que estén en espía de los tianguis y mercados, para ver cómo se deshonoran las unias mugeres y las otras, haciéndolas callar, y procurando entender bien de ellas las palabras que refieren, porque no pueden dejar de tocar y tratar algo del pecho y voluntad de sus maridos, padres ó hermanos, especialmente de su rey, y casi al mismo tenor de esto sucedió con el rey de Tlatilolco, sus vasallos y mugeres. Fueron tres mancebos mexicanos al tianguis de Tlatilolco, á ver y gozar del tianguis, sobre aviso; y estando en él las mugeres, conocieron ser de *Tenuchtitlan*, y comenzáronlas á deshorrar; el uno de los mexicanos dijo: dejadlas y callar, que están en sus casas, tierras y tianguis. Replicaron á esto dos ó tres indios mancebos tlatelulcanos, y dijeron á los mexicanos: ¿qué quereis en nuestra tierra? ¿Vosotros venis á vender algo? ¿ó venis á vender vuestras cabezas, tripas ó cuerpos? ¿Qué quereis en nuestro tianguis? A todo esto los mexicanos callaron. Dijo otro tlatelulcano: mas que nunca respondan, que antes de muchos dias hemos de teñir con la sangre de ellos nuestro templo y á nuestro Dios, que en fin, aquí habeis de reconocer señorío y á nosotros vuestros amos, que ya por pocos dias os gozaréis; y las rentas que teneis todo será nuestro, y de nuestro pueblo Tlatilolco. ¡Pobres de vosotros, mexicanos! Todo esto sucedió á los mancebos mexicanos con los tlatelulcas. Viniéronse y contáronle al rey Axayaca y á Tlacaeltzin, su consejero real, todo lo pasado. Envióle Axayaca á su mensajero para que luego viniese á palacio, que era cosa de importancia. Vino luego al palacio Cihuacoatl Tlacaeltzin: contóle Axayaca de la manera que los tlatelulcas se ensayaban sobre un peñasco y sobre

un grueso tablon, que á pedradas con hondas los hacian pedazos, y con varas tostadas *tlatzontectli*, pasan las rodelas de juncos, *oilatl*, que hasta los patos volantes los pasaban de claro en claro con *minacachales*, y con esto, y con otras cosas les dice á sus vasallos *Moquihui*: pues esto sugetais, no son volantes los mexicanos como estas aves; por estas causas y razones están tan soberbios contra nosotros. Admiróse mucho Cihuacoatl Tlacaeltzin de oír las cosas de los tlatelulcas, y dijo: cosas bravas y admiraderas son estas, y no son sufrideras. Dijo Axayaca: pues estais presente, que no os ha llamado ni llevado el tiempo, la noche ni el aire, sino que estais y sois en este mundo, y habeis hecho, comenzado y acabado mucho, en vuestra mano está el orden y lo que será bueno para el remedio de ello. Respondió Tlacaeltzin y dijo: hijo y señor mio, vos sois señor de México Tenuchtitlan y sus valerosos pueblos, no embargante á esto, señoreais los mares del cielo, las costas y estrañas naciones de gentes bravas, y domesticais, domais los animales, y los traeis á vuestro mando. Ahora, señor, esforzaos, cobrad grande ánimo, pues estais por escudo y amparo de esta república mexicana, y de todo este reino, que aquí no os podeis eximir ni esconder, que vos primero como tal caudillo y patron habeis de animar, que nosotros como vuestros padres, abuelos y parientes, acudiremos á todo con todas nuestras fuerzas, y para esto se haga saber luego á los señores de Tacuba, Cuyuacan, Xochimilco, Culhuacan, Cuitlahuac, Mizquic, Chalco, Acoluahua, Tezcuco y los demás señores, que están sugetos á esta corona de México Tenuchtitlan, y en esto no pedimos cosa alguna, ni tampoco que hagamos novedad, ó algun desconcierto, sino solo si algun dia se quisieren atrever que acudamos á nuestro remedio, para no consentir que ofendan á nuestra patria y nacion, pues sin causa alguna nos quieren ofender, que no digan estos señores que; ¿qué hemos hecho á nuestros propios hermanos y parientes? Lo otro, que en muchas y diversas partes y lugares de los pueblos que están á la redonda de esta corte mexicana, vienen diciendo que por las manos, pujanza y valentia de los tlatelulcas somos temidos, y por ellos valemos y somos nombrados mexicanos tenuchcas; por estas causas y razones provoca á no avisar á nadie, porque no entiendan es así como ellos se jactan; y si el poder y fortaleza de los mexicanos tenuchcas fallecieren en manos de los tlatelulcas, ya nosotros estamos castigados con nuestra locura y señorío por ellos adquirida, será á nuestro daño, y si nó, se tendrán el castigo, pues lo intentan con falsedad y engaño. Respondió el rey Axayaca y dijo: señor y padre Cihuacoatl, principal y señor, espantado estoy de lo mucho que han padecido y lastado tan á su costa los mexicanos, por haber adquirido y ganado tanta reputacion, honra, fama, riquezas, señoríos y sujecion de vasallos, y así sea esta la manera que vos proprios habeis á los valerosos capitanes, soldados valientes y conquistadores, á *Tlacaecatl*, *Tlacocheatl*, *Cuauhnochtli*, *Tlilancalqui*, *Ticocyahuaatl*, *Eshuahuaatl*, *Acolnahuatl*, *Huitznahua*, *Tlailotlac*, *Tezcacoatl*, *Toctilteatl* y á todos los demás valerosos soldados viejos y valientes *cuachicme* y otomies conquistadores, pues solo habeis quedado de los antiguos valerosos señores y capitanes que fueron, que ya los escondió y cobijó la tierra, y fueron á parar á donde están descansando, como sabemos lo están en contento y consuelo con descanso en el infierno, como lo están ahora vuestros

tros hermanos los reyes Itzcoatl y Tlacaoeltzin Moctezuma, y los que murieron la vez primera en la conquista de Chalco, los señores *Tlachahuepan*, *Cuatlecoatl*, *Chahuacue* y *Quetzalcoahuhtzin*, estos tales pasaron de esta vida, y ya se quitaron de cuidados y trabajos, y están descansando en el descanso del infierno, lugar tan deleitoso, agradable y de apacible descanso, en donde no hay casa conocida de nadie, sino todo de perpetua alegría, que es el lugar y asiento del sol, (1) y pues esto entendeis, y veis, señor, que en vos y en vuestra persona tomamos ejemplo, y miramos para en adelante lo venidero, mediante vuestra guía, disciplina, reprehension y castigo como tales hijos vuestros que somos. Resuelto con esto se entró en su palacio *Axayaca* y se fué *Cihuacoatl Tlacaoeltzin*, y llamó á su real palacio á todos los grandes principales arriba declarados, sin faltar ninguno de ellos, y estando todos juntos les propuso lo siguiente: Habeis de saber, hijos, hermanos y señores nuestros preciados principales, todos los que estais aquí ayuntados, como ya estaréis enterados de todo lo que intentan, y cuál es la determinacion, y qué pensamientos tienen estos de nuestra parcialidad y patria los tlatelulcas, y lo que sintieron y dijeron nuestros padres, abuelos y antepasados de esta nuestra patria y nacion; y conociendo el intento y pecho de ellos en mudarse de nosotros y hacer cabeza de por sí, sustrayéndose de su misma patria y nacion, y sobre todo, hacerse mayores y quererse someter á su mando á su propia cabeza y señor, padre y madre, México Tenuchtitlan, y llevarlo á Tlatelulco, y esto con derramamiento de nuestra sangre; esto no es cosa de sufrir sin irle á la mano nuestros antepasados, y han hecho experiencia, y se han ensayado con muestras, de las que

(1) Para rectificar las ideas emitidas arriba por el autor, acerca del destino que los mexicanos concedian á las almas de los difuntos, se hace necesario saber que nombraban tres lugares distintos á donde iban á vivir la vida futura. El infierno, *Mictlan*, en donde era señor *Miclantecutli*, *Aculnahucatl* ó *Tezontemoc*, cuya esposa se llamaba *Mictecacihuatl*. La idea que de aquel lugar tenían, la dan cumplida las siguientes palabras dirigidas á los muertos, tomadas de Sahagun, libro III, cap. 1º: "Ea, os fuisteis al lugar oscurísimo que no tiene luz ni ventanas, ni habeis mas de volver ni salir de allí, ni tampoco habeis de tener mas cuidado y solicitud de nuestra vuelta, despues de haberos ausentado para siempre jamás." Segun esto, la palabra *infierno*, empleada por el autor, no debe tomarse en el sentido que le dan los cristianos de lugar de penas y tormentos, sino mas bien como la entendian los paganos, á saber: sitio ó seno de detencion para el porvenir. En el infierno mexicano no habia dolor ni pena, é iban allá las ánimas de quienes morian de enfermedad, ya fuesen señores y principales, ó gente baja, mugeres ó niños. Al segundo sitio denominaban *Tlalocan*, interpretado *paraíso terrenal*. Nunca faltaban allí flores ni frutos, cuidados por los dioses llamados *Tlaloques*: moraban en este lugar los muertos de rayo, los ahogados, leprosos, bubosos, sarnosos, gotosos é hidrópicos; enfermedades ó muertes privilegiadas, no sabemos por cuáles motivos. El tercer lugar ó seno era el sol, á donde iban á morar las almas de los guerreros, muertos en la guerra ó tomados prisioneros en ella y sacrificados á los dioses. En aquel lugar habia tambien arboledas y bosques deleitosos, á donde las ánimas gozaban de las ofrendas que en la tierra les hacian, y á cabo de cuatro años de aquella vida, se trasformaban en pájaros de rica pluma, y principalmente en *huitsitsilin* ó chupamirtos, que andaban chupando el néctar de las flores así en el cielo como en este mundo.

ahora estos intentan contra nosotros, á fin de matarnos con traicion y alzarse con este imperio, atreviéndose con la pujanza de su gente y ciudad; quiero pues decir, señores hermanos é hijos, que aunque no soy yo muerto, sino vivo como lo soy, y habeis visto cómo personalmente he ido á las conquistas y guerras de gentes estrañas y naciones diferentes, que aunque viejo, no me falta el ardimiento y ánimo, y así á donde vosotros, señores, muriéreis, moriré yo, pues he puesto á pueblos de lo alto abajo, y de mas valor y belicosa gente que esta de nuestros pobres hermanos, aunque ahora enemigos.

CAPITULO XIII